

Siempre me han gustado los géneros, y no me importa pasar de un drama a una comedia o de la ficción a un documental mientras me fascine lo que explico. Lo importante es la pasión en tu narración y tu mirada en ella. Esto viene a cuento de lo que me pasó después de haber rodado *La rossa del bar*. Entré en contacto con dos escritores, guionistas muy buenos, de gran talento y a quienes admiro mucho: David Cirici y Piti Espanyol. Me propusieron una disparatada screwball comedy: *Caigui qui caigui*. La historia era muy apetecible: toda la acción tenía lugar en un rascacielos mientras una persona caía desde el piso cuarenta. Una caída (caiga quien caiga) de hora y media con una acción trepidante llena de personajes al borde del abismo. Creo que habría podido conseguir una película muy divertida. Pero el excelente guión tenía implícita una trampa: era muy caro de montar, había que rodar toda la película en estudio, con decorados de varios niveles, especialistas, etc. Evidentemente era un producto que se escapaba de mis posibilidades reales de producción, y yo diría que también del sentido inmediato con el que había creado mi productora. Pero el guión era bueno, muy original, y gustó en todas partes donde lo presenté para conseguir la financiación. TVE, TV3 y la Generalitat ya se habían comprometido cuando lo llevé al Ministerio para la subvención anticipada. Méndez-Leite, nuevo director general del ICAA, a quien también conocía de años, decidió darme una cantidad mínima, muy por debajo de lo que era norma por la cuantía del proyecto, con lo que quien se iba a dar el batacazo, a caer definitivamente, sería yo como productor-director. Intenté muchas veces hablar con él, sin éxito, para que simplemente me diera el mismo trato que a los demás. Finalmente, cuando lo conseguí, me dijo que no me iba a aumentar la subvención porque creía que yo ya me espabilaría y se fue, dejándome con la palabra en la boca. Con amigos así no me hacían falta enemigos. Entonces le escribí una carta abierta en *La Vanguardia* poniéndolo de vuelta y media y diciéndole que como él no atendía a razones, y dada su actitud discriminatoria, yo no tenía más remedio que renunciar a todo lo acordado con las televisiones y abandonar el proyecto. Y le añadí que en Barcelona si queremos suicidarnos nos tiramos del puente de Vallcarca y que no le necesitábamos para que nos diera ningún empujoncito. Por lo visto, esto le sentó muy mal, lo comprendo. Y hemos estado la tira de años sin apenas saludarnos, pero a raíz de las buenas críticas que me ha hecho últimamente di por olvidada y perdonada su discriminatoria actuación. Siempre estaré agradecido a mi jefe de producción de aquellos años, Pepe Guerrero, porque me advirtió de que sin el ICAA no se podía rodar. Y con gran pesar renuncié al proyecto, con todo lo que me había costado armarlo. Ésa fue otra de las buenas decisiones de mi vida, porque si tienes un gran tropiezo, ya no levantas cabeza. Somos un país pequeño y tenemos que hacer películas controlables, tenemos que basarnos más en la inteligencia que en los medios. Ahí creo que está la clave. O sea, que un año perdido y a pensar en otro proyecto.

La noche de Navidad, en casa de Oriol Bohigas, su yerno Oriol Castanys me dijo que había leído una novela valenciana bastante lumpen que me podía encajar para una película. Leí *Putxa misèria!* y me gustó; Castanys tenía razón. Los andares de los tres parias de la huerta en el extrarradio de la gran ciudad no se diferenciaban tanto de los del lumpen ramblero que conocía. Aún tenía, muy equivocadamente, una cierta idea “purista” respecto a que el verdadero cine debe partir de un guión original, no de una adaptación. Pero, como no tenía otro, y además la historia me gustaba, tiré adelante el proyecto. Me sentí, salvando las distancias, como cuando a Orson Welles le preguntaron si tenía a mano algún libro por hacer y dijo, según cuentan, el primero que vio: era un libro de bolsillo titulado *La dama de Shangai*. Bromeo: lo que quiero decir es que esta película me sirvió para romper un tabú que no sé quién me había metido en la cabeza acerca de las adaptaciones. ¡Pero si gran parte de la historia del cine se basa en su relación con todo tipo de literatura de donde sacar historias, buenas historias como en el libro que me llegaba a las manos!

Me impliqué: nuevamente me sumergí en ese mundo de perdedores que en *Putxa misèria!* intentan secuestrar al rico del pueblo, haciéndose pasar por etarras, y resulta que el rico es un pajarraco más hijo de puta que todos ellos y que está preparando la fuga después de un desfalco... Terminé la película con una cita brechtiana sobre el pez gordo comiéndose al chico... Me lo pasé muy bien. Fue la primera vez que hice un guión solo, partiendo de una novela, contando con la colaboración de uno de los autores, Joan Dolç, que me ayudó con unos diálogos adicionales. Escribí el guión deprisa, en diez noches, y eso que en aquella época no había ordenadores. Siempre he sido muy compulsivo, y cuando tengo una idea en la cabeza no me levanto de mi mesa de trabajo hasta que termino. Por la noche, en casa, escribía unas secuencias, las corregía en el autobús yendo al trabajo (que compaginaba con el cine) y allí mi secretaria las pasaba a máquina; y luego, al regreso, volvía a corregir los textos en el autobús y de nuevo a escribir en casa, y a la mañana siguiente, igual. Para mí, la vida es el cine y el cine es la vida. Es evidente que yo estaba en un momento en el que quería trabajar y empezaba a descubrir mis posibilidades de estructurador dramático, una definición que me gusta más que la de guionista, y apuraba al máximo mi labor.

Curiosamente, y ésta es una reflexión que he hecho con los años y las películas que siguieron, hay una evidencia en mi trabajo como adaptador de textos literarios, sean novelas, libros de relatos, obras de teatro, que me ha conducido, no sólo en España sino en muchos festivales en el extranjero, a ser considerado, mencionado o reconocido como si fuera un buen guionista, cuando en realidad se trata simplemente de olfato. Olfato por el placer de encontrar buenas historias, olfato por la estructura narrativa cinematográfica. Y si lo hago yo mismo es porque me resulta más fácil y rápido escribir yo que contarle a otro para que lo haga según veo la adaptación. Yo me siento director, aunque muchas veces me reconozcan más los guiones. Pero, siguiendo el hilo, el de *Putxa misèria!*, cuando fue presentado al Ministerio para la subvención anticipada hizo honor a su título y fue rechazado por el comité de Méndez-Leite. No sé si por cabreo o porque simplemente no le gustó. Yo le devolví la jugada presentándolo en la película como el desgraciado del pastelero al que le han robado la furgoneta (*Pastelería Leite*), que termina rompiéndose los huesos al caerse de la bicicleta por un barranco. En otro momento, Joan Monleón, que encarna a un imponente guardia civil, le dice: “¡Coño, Méndez, estoy de usted y de la furgoneta hasta los huevos!”. Perdón, querido Fernando, nunca volveré a repetirlo. Menos mal que tuve la suerte de contar con la coproducción de Lauren Films y con una empresa de Platja d’Aro, Mare Nostrum Productions, que me ayudaron a armar financieramente la aventura valenciana. Fue una película hecha con poco dinero y mucha voluntad.

En Puta misèria! me fui enamorando de los personajes –siempre me pasa lo mismo, no sé si los demás directores también establecen esta relación afectiva con sus criaturas de ficción– y me encontré repitiendo una temática conocida: la del perdedor intentando realizarse, pero trasladada a la periferia de la ciudad. Hay muchas cosas que me gustaron de la realización de esa película. Por un lado, había una trampa maravillosa: la acción pasaba en la huerta valenciana pero estaba rodada toda en la de Barcelona, excepto una única mañana en Tavernes Blanques, en unos magníficos campos de naranjos y en la maravillosa estación de Valencia. Aquí, convertimos una masía de Sant Joan Despí en una alquería que parecía valenciana valenciana. Las acequias de El Prat no son tan distintas de las de Burjasot, y el paisaje y la luz tampoco varían tanto. Tuve la suerte de contar con dos actores que daban una talla lumpen divertida y auténtica: Paco Morell y Àngel Burgos, y con la contundente creación de la vengativa y resentida Coloma que compuso Amparo Moreno. Amparo es una actriz impresionante, como la copa de un pino, tremendamente intuitiva, que cuando encuentra el papel que le va ni ella misma sabe lo buena que puede llegar a ser. Si está en manos de un buen director que conozca sus registros, se pueden conseguir filigranas con ella. De los trabajos que hemos compartido, el de Coloma fue el primer papel en el que me entusiasmó; luego vendría la maravillosa Macarena –la gitana de Mari Pili– y la enfermera de Morir, aunque a ella le sepa a poco... En Puta misèria! Amparo tuvo muy buenas críticas y algo que me enorgulleció muchísimo: el premio como mejor actriz de la Generalitat. Los directores nos sentimos orgullosos cuando premian a nuestros actores. Personalmente, siempre siento que algo también me corresponde. Fuimos a muchos festivales y la película en general gustó, pero no tuvo demasiado público, quizás por la época en que se estrenó. Nunca se sabe. Eso me sirvió para una reflexión: el cine de perdedores no gusta a la gente. Los humanos, lamentablemente, preferimos héroes, no antihéroes. Ésa es nuestra educación.

En aquel momento intuí que necesitaba hacer un éxito comercial. No es que sintiera añoranza de ver las colas de espectadores de los tiempos de El vicari. Simplemente, que en nuestra profesión hay una cosa que cuenta mucho: la credibilidad industrial. Esa credibilidad no te la da la crítica, aunque sea buenísima, ni que la película tenga mucha audiencia cuando se pasa por las televisiones... esa credibilidad te la da la gente que va al cine. Por más que todos sepamos cuál es la franja de espectadores que acude mayoritariamente a los cines, todos seguimos pensando y valorando el trabajo en función de ellos. Son reglas del oficio que no acabo de entender, quizás porque me muevo por otras motivaciones. Pero tenía que pensar en la próxima película y tenía que intentar conseguir un éxito.